

Voces de la otra margen

Javier Arévalo



GRAN
ANGULAR





GRAN
ANGULAR

Voces de la otra margen

JAVIER ARÉVALO





fundación sm

La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en **www.fundacion-sm.org**

Voces de la otra margen

Primera edición: julio de 2019

Coordinación editorial: Rubén Silva

Edición: David Abanto

Corrección de estilo: Anaís Blanco

Jefa de arte: Laura Escobedo

Diagramación y diseño de cubierta: Danitza Navarro

Fotografías de cubierta: Shutterstock

Fotografía de solapa: Pexels

© del texto: Javier Arévalo, 2019

© de esta edición: Ediciones SM S. A. C.

Micaela Bastidas 195, San Isidro, Lima, Perú

Teléfono: (51 1) 614 8900

contacto@sm.com.pe

www.sm.com.pe

www.leotodo.com.pe

Impreso en el Perú / *Printed in Peru*

Impreso por Cecosami S. A.

Calle 3, Mz E, Lote 11, Urb. Sta. Raquel,

Ate Vitarte, Lima 3, Perú

Tiraje: 1500 ejemplares

ISBN: 0000

Registro de Proyecto Editorial: 00000

Hecho el Depósito Legal

en la Biblioteca Nacional del Perú: 00000

Todos los derechos reservados. Queda prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin el permiso previo y por escrito de los titulares de los derechos de propiedad intelectual.

*A Javier Arévalo, el viejo, hoy un tunche,
un chullachaqui, un árbol.*

*Thy soul shall find itself alone
'Mid dark thoughts of the gray tombstone—
Not one, of all the crowd, to pry
Into thine hour of secrecy.*

[Tu alma se encontrará sola
entre oscuros pensamientos de lápida gris
ni uno solo, de la multitud, que curioseee
en tu momento de secreto.]

EDGAR ALLAN POE

PREÁMBULO

Mi pulso no se acelera fácilmente. Algún médico lo ha atribuido a que desde pequeña he corrido maratones. Pero no se acelera ni cuando la gente estalla de alegría ni cuando tiemblan de terror. Una tarde, mi madre comentó que alguna ventaja me daría en la vida, y es posible que no se haya equivocado. Ella murió cuando cumplí quince años, un cáncer se la llevó en pocos meses. Como dije su premonición fue acertada, el hecho de que mi pulso no se acelere es una ventaja en el extraño oficio que tengo de buscar fantasmas, monstruos y demonios.

Tengo 25 años y he pasado los últimos tres grabando sonidos extraños en casas embrujadas, entrevistando a chamanes que me recibían en sus oscuros departamentos empuñando cetros adornados con cabezas humanas reducidas; visitando brujas que decían ver el futuro; conversando con médiums que afirmaban hablar con muertos y con sacerdotes que arrancaban, según ellos, demonios del cuerpo de sus creyentes. No es el mío un oficio común y comenzó como un trabajo académico, impulsado por una organización norteamericana que promovía «el registro de las prácticas mágico-religiosas de América Latina».

UNO

Mi coordinador en Pensilvania, Steve Sena, un antropólogo gringo —yo también lo soy, antropóloga, digo, y además periodista—, estaba contento con mi trabajo, aunque yo no entendía por qué. Cuando comencé, había imaginado que en una noche oscura y húmeda encontraría a algún ser sobrenatural que me paralizaría de terror con su olor a azufre y su aspecto repulsivo. Pero, durante tres años, nunca me topé con fantasma alguno que intentara llevarme al más allá o con un vampiro empeñado en hacerme una transfusión de sangre sin mi permiso. Por el contrario, cada día me estrellaba con más charlatanes, farsantes y lunáticos.

Ya había perdido toda esperanza de que mi trabajo me colocara realmente ante algo que proviniera de un mundo más allá del que conocemos, cuando por fin lo inexplicable se presentó y mi corazón latió como si en el pecho no tuviera suficiente espacio para albergarlo, y como si... pero me estoy adelantando.

Empezaré por el principio, aunque no sé si tenga tanto tiempo. Son las dos de la mañana y escribo esto alumbrada por una linterna que comienza a fallar. Me rodea la selva, la oscuridad y un sonido que conozco, y que preferiría no haber escuchado.

Hace tres días supe, por los diarios, que un joven universitario había desaparecido en la selva. El muchacho formaba parte de una expedición que exploraba una profunda caverna recién descubierta. Esto no habría pasado de ser un desgraciado, y común accidente en el verde laberinto amazónico, sino fuera porque uno de los exploradores sostenía que su colega había sido secuestrado por un demonio.

Los hechos de ese día fueron así: tres de los expedicionarios se habían internado en la caverna. Lentamente, la recorrieron como si penetraran en el esófago de un inmenso monstruo y quisieran que sus pisadas evitaran despertarlo para no acabar convertidos en su desayuno.

Los techos con estalactitas estaban atiborrados de murciélagos enormes y de aves nocturnas. El suelo era un fangoso hervidero de insectos y estiércol acumulado por siglos. Iban atados a una cuerda guía que otros dos compañeros vigilaban desde afuera.

Los jóvenes (porque nadie pasaba de los 30 años) habían planeado que la incursión durara tres horas. En total, habían recorrido casi doscientos metros e hicieron su trabajo: estimaron las dimensiones del lugar, mapearon y tomaron fotografías de todo bicho vivo que reptaba o volaba. Los murciélagos pasaban por encima de sus cabezas, y rozaban sus rostros, pero no podían lastimarlos porque los expedicionarios iban protegidos por cascos amarillos y resguardados por mascarillas de plástico.

A medida que se internaban, la oscura bóveda de roca los afectaba de formas diversas. El aire denso y húmedo les había dificultado la respiración, el calor mellaba sus fuerzas. Pero la emoción los sostenía, eran los primeros seres humanos en penetrar esos rincones, y esperaban registrar alguna nueva



GRAN
ANGULAR



000000

«Ya había perdido toda esperanza de que mi trabajo me colocara realmente ante algo que proviniera de un mundo más allá del que conocemos, cuando por fin lo inexplicable se presentó y mi corazón latió como si en el pecho no tuviera suficiente espacio para albergarlo, y como si... pero me estoy adelantando.

Empezaré por el principio, aunque no sé si tenga tanto tiempo. Son las dos de la mañana y escribo esto alumbrada por una linterna que comienza a fallar. Me rodea la selva, la oscuridad y un sonido que conozco, y que preferiría no haber escuchado».